

R- 3799

EL SARCOFAGO CRISTIANO DE BERJA
DE J. DE M. CARRIAZO

CARRIAZO, J. de M.

EL SARCOFAGO CRISTIANO DE BERJA.

ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE Y ARQUEO-
LOGIA. Nº 1 (1925). pp. 197-218.



El sarcófago cristiano de Berja

por J. de M. Carriazo.

En circunstancias mal conocidas, acaba de aparecer en Berja (Almería) el sarcófago que se reproduce en estas páginas, obra de la escultura romano-cristiana del siglo IV, más interesante, tal vez, que por su arte, por el valor histórico que le confiere el lugar de su hallazgo, ya que, de cierta manera, afianza un punto dudoso de la introducción del cristianismo en España. De este asunto se ocupan las notas adicionales sobre la historia de Berja y la misión de los siete varones apostólicos, colocadas al fin de estas líneas.

Para el análisis y clasificación del nuevo sarcófago de Berja, conviene poner al día lo que se sabe de sarcófagos cristianos primitivos con relieves encontrados en España. Son algo más de cuarenta ejemplares, entre completos y fragmentarios, publicados e inéditos. De su distribución geográfica da idea el mapa adjunto, en el cual puede verse cómo estos testimonios primitivos del cristianismo señalan los focos principales de la nueva religión a lo largo del litoral mediterráneo y remontando los valles del Ebro y del Guadalquivir, esto es, en las regiones más pobladas, más ricas y más intensamente romanizadas de la Península. Por otra parte, el núcleo cristiano de Toledo consigue también su representación; sin que deje de tenerla el foco importantísimo de Mérida.

La más antigua referencia sobre sarcófagos españoles será la del poeta cristiano Prudencio, que a fines del siglo IV o principios del V habla de los de Santa Engracia en Zaragoza. Modernamente, A. Fernández-Guerra estudió los sarcófagos de Zaragoza y dió a conocer los de Layos y Tolmo. Sales y Ferré publicó el de Ecija; el P. Fita, los de San Félix de Gerona y el de Talavera; D. Roque Chabás, el de Valencia; D. Manuel Gómez-Moreno, el de Martos; y D. Joaquín Botet y Sisó, los de Cataluña. De estos se ha ocupado últimamente Mossèn J. Gudiol en un trabajo sobre *Primeres manifestacions de*

l'art cristià en la província eclesiàstica Tarrogonina (1). Los dos estudios de conjunto más recientes son el de D. José R. Mélida, titulado *La escultura hispano-cristiana de los primeros siglos de la Era* (Madrid, 1908), y el del benedictino dom H.-Leclercq, en su artículo sobre las antigüedades cristianas de España del *Dictionnaire d'Archeologie Chretienne* de Cabrol (2).

De estas dos obras, la primera, dada su fecha, necesita complemento, y la segunda, sobre ser más incompleta, presenta graves inexactitudes. Por ejemplo, en su lista de treinta ejemplares, los sarcófagos de Briviesca y Astorga se encuentran citados cada uno dos veces, la primera en el lugar respectivo de origen y la segunda en los Museos de Burgos y Madrid en que actualmente se encuentran. Además, se admiten como españoles los tres sepulcros, de labor puramente ornamental, conservados en Elna (Bajos Pirineos), que son bien franceses por su arte si no por la geografía; y se incluyen entre los cristianos el encontrado en Ampurias en 1908, uno de Játiva, que es nada menos que la famosa pila árabe, pieza insigne del arte musulmán del siglo XI, y el de Husillos, ahora en el Museo Arqueológico Nacional, que es notoriamente profano (3). Y todavía reproduce como sarcófago de Valencia (f. 4189), uno de Arlés de Tech (Francia), que es parecido; pero se diferencian, por ejemplo, en los dos animales de ambos lados de la cruz, que en el de Arlés son dos corderos y en el de Valencia un cordero y un ciervo.

La monografía del Sr. Mélida es punto de partida mucho más seguro. Acaso deba rectificarse la referencia del sarcófago fragmentario de Alcaudete (Jaén), venido de la colección Góngora al Museo Arqueológico Nacional. De los dos pisos en que se divide su composición, el superior lleva, entre los dos asuntos reconocidos de la resurrección de Lázaro y multiplicación de panes y peces, una tercera escena con dos figuras: una mujer tendida en el suelo llegando con sus largos cabellos a los pies de otro personaje, en pie, que inicia un ademán de perdón; serán, pues, Cristo y la Magdalena. En el piso inferior, sólo es segura la representación de la derecha, Daniel en la

(1) *Analecta Sacra Tarraconensia*.---Anuari de la Biblioteca Balmes, vol. I. Barcelona. 1925, págs. 300-329.

(2) Tomo V. I.ª parte. Paris, 1922.

(3) Se debe consignar, en justicia, que estos dos últimos errores proceden de Hüner: *Inscriptionum Hispaniae Christianarum Supplementum*. Berlín, 1900, página II y siguientes.

inscrito en una corona de laurel. El conjunto es muy semejante al conocido fragmento de Ampurias, ahora en propiedad particular: se diferencia en que el crismón no lleva aquí el alfa y la omega que el de Ampurias y en que las «strigiles», con el mismo aspecto de tres senos, tan singular, forman un ángulo en su mitad y dejan sitio entre sus extremos a unas pequeñas bolas, que acentúan el empeño de riqueza y el clasicismo (1).

Toledo: fragmento de sarcófago, empotrado en la torre albarrana llamada Puerta del Sol. Lo publicó R. Amador de los Ríos en el volumen *Toledo* (Madrid, 1905), de la nueva serie de «Monumentos Arquitectónicos de España». Se encuentra engastado a gran altura, en la fachada de poniente de la torre, sobre la clave del gran arco exterior y dentro de la arquería decorativa de arcos de herradura cruzados. Es parte de un sarcófago semejante al de Berja, con una escena que se repite en este mismo: Cristo anunciando la negación de San Pedro. Amador de los Ríos tomó por águila el gallo característico, y supuso una escena con San Juan Evangelista.

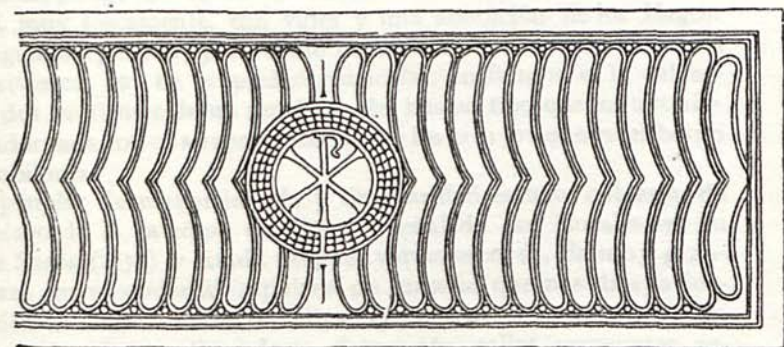
Erustes, provincia de Toledo: fragmento de sarcófago, traído al Museo Arqueológico Nacional. Es del mismo tipo que el sarcófago conocido de Córdoba (en propiedad particular). El frente se divide en paños de «strigiles» y grupos de figuras bajo arcos rebajados. El fragmento conserva un paño de «strigiles» y un grupo de figuras, incompletos. Una de las figuras es ciertamente Cristo, imberbe, con melena y el libro de la Ley en la mano izquierda; la otra figura, más perdida, puede ser San Pedro y el asunto el mismo del fragmento anterior; pero falta, con las mutilaciones, el gallo de costumbre.

Cádiz, en el Museo: fragmento de sarcófago, sin procedencia conocida. Ha sido publicado con la *Guía del Museo* en la REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS (1924-II-lám. IV). Es de mármol blanco, purísimo, con la representación de los tres jóvenes en el horno de Babilonia. Por su arte forma grupo con los de Ecija y Alcaudete.

Mérida. Hübner vió un fragmento de relieve, que le pareció de sarcófago romano-cristiano, empotrado en la casa de D. Juan Cantos, calle de Santa Olalla, n.º 2 (*Die antiken Bildwerke in Madrid*-p. 327).

(1) Debo su conocimiento, y otras muchas noticias de este estudio, a mi maestro D. Manuel Gómez-Moreno.

Tarragona. Cinco sarcófagos y otros fragmentos encontrados en el estío de 1923, al abrir los cimientos para la nueva fábrica de tabacos, fuera de la ciudad, junto al río Francolí, en lugar cruzado por una vía romana. Allí aparecieron restos de construcciones de distinto carácter, pertenecientes a un largo período, desde los orígenes del imperio, y con ellos monedas y abundantes inscripciones cristianas. La revista de Barcelona *Gasete de les Arts* (15-VI-1924), dió cuenta de este hallazgo y reprodujo el sarcófago de que se tratará más adelante. La pieza más importante parece ser un sarcófago con «strigiles» de traza desacostumbrada; en el centro, una figura joven, de carácter realista, y en los extremos dos orantes. En la misma revista (1) se han publicado después los citados fragmentos, dos de los cuales parecen corresponder a una escena con el sacrificio de Isaac.



Sarcófago de Villanueva de Lorenzana.

Barcelona: sarcófago descubierto en 1924 al abrir los cimientos de una casa de la calle de Manresa, conservado en la colección Amatller. Lo ha publicado Mossèn J. Gudiol en un discreto artículo de la citada *Gasete* (15-I-1925). De pequeño tamaño, es de tipo semejante al nuevo de Berja, aunque algo más pobre por su arte. Los asuntos, de izquierda a derecha, son: resurrección de Lázaro, prendimiento de San Pedro, curación del ciego, orante (aludiendo —dice Gudiol— a la Iglesia o a la casta Susana), curación de la mujer del

(1) J. de Ç. Serra i Rafols.—*Les troballes escultòriques a la Necròpolis romano-cristiana de Tarragona.*—*Gasete de les Arts.* 15-V-1925.

flujo, multiplicación de panes y peces, y las bodas de Caná.

El propio Mossén J. Gudiol dió noticias de dos fragmentos de sarcófagos, el uno en Tarrasa y el otro en el archivo capitular de la catedral de Barcelona (1). Después cita otro fragmento de Sant Cugat del Vallés y tres más, de estriás verticales, de Sitges, Tarragona y Ampurias (2). El Sr. Puig y Cadafalch (3) menciona un sarcófago liso, con crismón, sirviendo de pila bautismal en Tarrasa, que no sabemos si será el que cita Mossèn Gudiol en este lugar.

Esto es lo que hay de nuevo sobre sarcófagos romano-cristianos propiamente dichos. Como productos de un arte distinto y de una orientación de todo punto diferente, el sarcófago de *Briviesca*, en el Museo de Burgos, cuenta ya con dos nuevos hermanos, dados a conocer por el Sr. Huidobro (4). El primero, procedente de *Pozo de la Sal*, en la misma provincia, y ahora en el Museo de Burgos, es un sarcófago de caliza concrecionada, labrado por sus cuatro caras, muy toscamente, con vides y una adoración de los Magos. El segundo ejemplar, procedente de *Cameno*, a cuatro kilómetros de Briviesca, hoy de propiedad particular, en Burgos, es la cubierta a dos vertientes de un sarcófago del mismo tipo que los anteriores, adornada con una representación de los tres jóvenes en el horno de Babilonia.

Ejemplar de mayor interés y singularidad es una cubierta de sarcófago de la catedral de Oviedo, señalada por Morales en su *Viaje Santo* (1572) y citada después varias veces (5). Es muy grande para corresponder al sepulcro de un niño que nos dice la inscripción en buenas letras de relieve que corre por la parte horizontal superior. Los motivos de su decoración: tallos serpeantes enfundados en hojas, cuerdas, ramas que salen de unos vasos, pájaros y el crismón dentro de una corona sogueada sobre una pequeña columna, no van mal con la fecha mínima que nos ofrece un sarcófago de tipo semejante, adornado con vides y pavones, de San Apolinar in Clase (Ravena), con inscripción del arzobispo Teodoro (677-688), que es muy conocido (6). Otro semejante, de Burdeos,

(1) *Arqueología Sagrada Catalana*, Vich, 1902; págs. 102-103.

(2) *Analecta Sacra Tarraconensia*, vol. I; págs. 310 y 315, nota.

(3) *L' Arquitectura románica a Catalunya*, Barcelona, 1909; t. I, 284.

(4) *El Arte visigótico en Castilla: Burgos*, Valladolid, 1910.

(5) Dibujo de conjunto en C. M. Vigil. *Asturias Monumental* (Oviedo, 1887), pág. 8 y lám. II. Véase nuestra lámina con los detalles característicos.

(6) Garrucci, *Arte Cristiano*. Tomo V, pág. 133, tab. 391-3.

presenta el crismón, los vasos y las palomas (1). La inscripción del sarcófago de Oviedo la publicó Hübner, (2) quien no la estima anterior al siglo IX, aunque reconoce que por los demás caracteres el sarcófago puede corresponder a los siglos V-VII. Rectificando en su lectura SEDEM por SEDE (el mismo error en Vigil y en otros) la inscripción dice:

INCLVSI TENERVM PRAETIOSO MARMORE CORPVS
AETERNAM IN SEDEM NOMINIS ITHACII

En las últimas excavaciones practicadas en las iglesias que dicen visigodas de Tarrasa salió un fragmento escultórico que ha de ser, a juzgar por el arte y por la representación, indiscutible de mal conservada, parte del frente de un sarcófago del mismo tipo que el de Berja (3). De la existencia de un sarcófago cristiano en el Museo de Braga nos ha dado cuenta, amablemente, el profesor de la Universidad de Coimbra D. Vergilio Correia. Y en el comercio de antigüedades de Madrid se encuentra, desde hace algún tiempo, un relieve que reproduce con bastante aproximación los temas y figuras del sarcófago de Layos en Santo Domingo de Toledo. Lo dicen procedente de Sahagún; pero sobre esto y sobre la autenticidad de la pieza se impone todo género de reservas.

Ahora conviene discernir el carácter cristiano de algunos sarcófagos, tenidos generalmente como tales cuando fuera mejor considerarlos paganos o, por lo menos, dudosos. Así, el sarcófago de Santa María del Mar (Barcelona), con todo el frente de «strigiles», salvo un recuadro central para epitafio que nunca se grabó, no tiene de cristiano sino el uso de pila bautismal que desempeña y la tradición de haber sido sepulcro de Santa Eulalia. A este pueden agregarse dos ejemplares semejantes, aunque más ricos. El uno sirve de frontal en la capilla del Cristo del claustro de la catedral de Pam-

(1) Garrucci, tab. 388-5

(2) «*Inscriptiones Hispaniae Christianae.*» Berlín, 1871; núm. 144, p. 46. Don Antonio Blázquez, en su erudito «*Elogio de Don Pelayo, obispo de Oviedo e historia de España*» (Madrid, 1910; p. 30-31) utilizó esta mención de Itacio, relacionándola con la de cierto libro que contenía la demarcación de los obispados que se atribuye a Wamba, para suponer que nuestro sarcófago, impropio de un niño a juzgar por su tamaño, pudiera ser el de un escritor del siglo VIII que escribiría el libro de referencia; pero es evidente que la inscripción alude a un tierno cuerpo infantil.

(3) V. *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, MCMXV-XX, Barcelona, 1923; pág. 747, fig. 643.

plona: la cara principal se organiza en tres paños, aislados por cuatro pilastras estriadas corintias; los paños laterales de «strigiles» y el central con una cruz de tipo visigodo que no se puede precisar si es cosa posterior al resto del sarcófago. El otro ejemplar sirve de basamento del sepulcro de Cristo en un grupo del Santo entierro de la catedral de Tarragona. Tiene sus dos paños de «strigiles» y dos pilastras estriadas en los extremos. En el centro lleva unos emblemas heráldicos de hacia el siglo XV, que se entiende son algo adventicio, muy posterior al sarcófago. Entre los extremos de las «strigiles» se ven las mismas pequeñas bolas del sepulcro de Villanueva de Lorenzana.

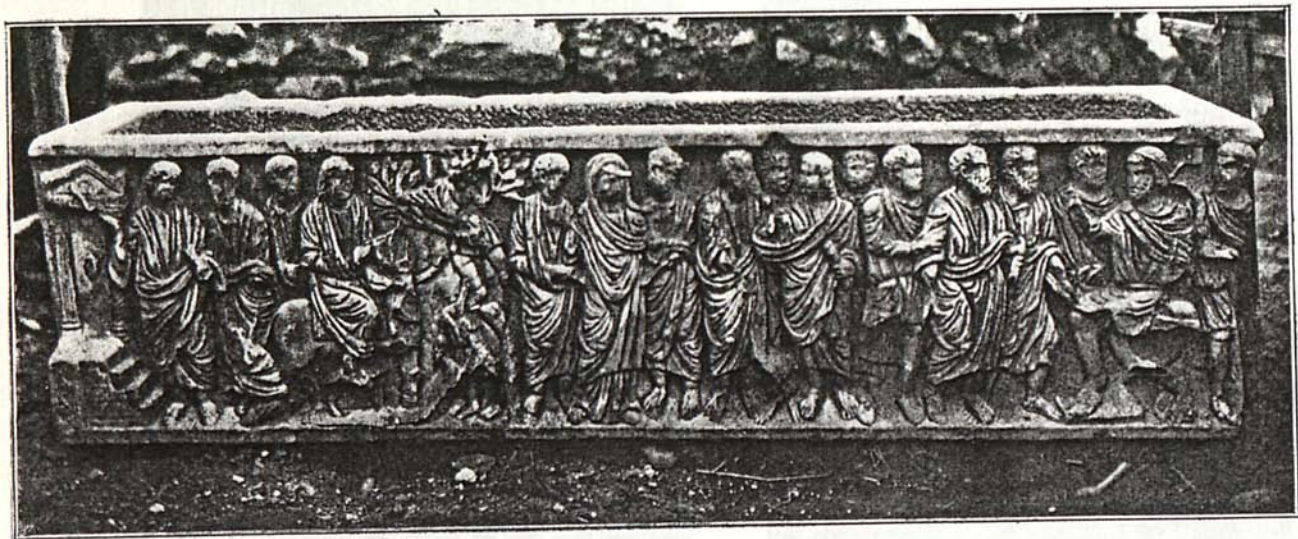
Nuevas dudas plantea el sarcófago descubierto en Ampurias, en Mayo de 1908 por los ingenieros del Servicio forestal. Es una bella pieza mutilada, con el frente de arcadas alternativamente semicirculares y triangulares; en el centro, bajo una pequeña concha, una puerta entreabierta (aludiendo a la tumba o a la mansión infernal), y a cada lado, tres figuras, la última de la derecha una mujer velada. Al publicarlo el Sr. Puig y Cadafalch (1), indicó que se trataba de un sarcófago aprovechado y que la mujer velada recordaba el tema de la orante: Leclercq lo admite como cristiano. En realidad, la dirección de los brazos y el aire de la figura velada no parecen convenir a una orante, y sí a la representación de la difunta o alegoría de la juventud que se encuentra en muchos sarcófagos paganos semejantes (2). Por su arte, este ejemplar se relaciona estrechamente con el otro bien conocido de Ampurias, en el Museo de Gerona, ciertamente cristiano por su representación del Buen Pastor. Ambos pertenecen a esa escuela asiática cuyo centro parece haber sido Efeso, y que con una gran influencia de las escenas de teatro, se mantiene desde la segunda mitad del siglo II hasta fines del IV. De la misma escuela, y ciertamente pagano, hay otro sarcófago, procedente de Reguengos, en el Museo de Oporto (3).

El hermoso sarcófago de Covarrubias, que en el monasterio de Arlanza se utilizó para doña Sancha de Navarra, mujer de Fernán González, añadiéndole una cubierta de la época, presenta en medio

(1) Obra citada, t. I, fig. 323, pág. 275. La figura 327 de esta obra no es el sarcófago de Valencia, sino uno de la campaña romana.

(2) S. REINACH. *Repertoire de reliefs*. Tomo III, págs. 42, 340, 410.

(3) J. LEITE DE VASCONCELOS. — *Religiões da Lusitania*. V. III. Lisboa, 1913 fig. 166.



Sarcófago romano-cristiano de Berja (Almería).



Frontón decorado.



Detalle de la parte superior.
Sarcófago del niño Itacio. Catedral de Oviedo.

de los «strigiles» un disco con los bustos de un hombre y una mujer, sostenido por un pequeño tenante, y en los extremos dos composiciones análogas entre sí: un pastor guardando sus ovejas bajo la fronda de un árbol, más dos pequeñas escenas pastoriles de ordeño y confección del queso. El Sr. Mérida ve en estas figuras al Buen Pastor y admite el sarcófago como cristiano, mientras L. Huidobro no le reconoce este carácter, encontrando puramente paganas las escenas pastoriles. En realidad no repugna que el sarcófago sirviera desde un principio para cristianos, cuando, en el siglo III a que pertenece por su arte, los cristianos se conformaban con escoger entre los sarcófagos paganos aquellos que no violentaban u ofendían los principios de su fe. Pero el sarcófago que nos ocupa no tiene nada que sea específicamente cristiano, y sus pastores se repiten hasta la saciedad en sepulcros labrados con la fábula de Endimión y Selene (1). En la parte lateral izquierda del conocido sarcófago, con el rapto de Proserpina, del Museo provincial de Barcelona (2), aparece una escena pastoril muy semejante.

El único publicado de los nuevos sarcófagos de Tarragona (3), es de planta ovalada, con «strigiles» en el centro, busto de mujer, con un rollo en la mano izquierda, y a los extremos, dos leones de hermoso estilo devorando corderos. De un carácter cristiano tan dudoso como el de los anteriores, será preciso colocarle en las mismas fronteras del paganismo. Dos muy semejantes, el uno en Roma (Museo Torlonia) y el otro en el camposanto de Pisa (Garrucci, V, tab. 357-3) son paganos, como acredita para el segundo su inscripción correspondiente. En cambio, el famoso sarcófago del Museo de Urbino que representa el taller de un marmolista griego, Eutropos, «santo servidor de Dios», ofrece dos cajas sepulcrales, una de las cuales presenta, en el mismo estilo, los leones del sarcófago de Tarragona. Y son también conocidos el sarcófago del Louvre, con los leones, que lleva en el centro al Buen Pastor (4) y, sobre todo, el de Tipasa (Argelia), también con el Buen Pastor y dos medios leones devorando gacelas, enteramente parecido al de Tarragona (5). Dice Leclercq si estos leones representan el poder de la muerte.

(1) REINACH. Obra citada, págs. 185, 243, 365, ...

(2) PUIG Y CADAFALCH. Obra citada, I, pág. 78, fig. 73.

(3) *Gazeta de les Arts*, 15-VI, 1924.

(4) GARRUCCI, V, tab. 1-2.

(5) *Dict. d'Arch. chretienne*, de CABROL, I, 1.ª parte, p. 735.

Sobre los ejemplares conocidos en 1907, el arte de los sarcófagos españoles parecía al citado beneditino ⁽¹⁾ bastante independiente, como el de los de Francia (Arlés), dentro de la hegemonía ejercida por los talleres de Italia en la escultura paleo-cristiana. Le parecían representaciones desacostumbradas, entre otras, los telamones y la Asunción (Fernández Guerra) del sarcófago de Santa Engracia, de Zaragoza; Pedro cortando la oreja a Malco, del sarcófago de Martos (acaso también el de Alcaudete) y el Buen Pastor entre cuatro amorcillos representando las estaciones, y Cristo pisando al león y al dragón, de dos sarcófagos de Gerona. De esta última, rarísima, representación, puede añadirse que se encuentra repetida sobre lámparas de barro africanas del siglo V y que se refiere a una profecía del salmo 90, explicada por Eusebio de Cesarea.

Después, en el artículo sobre las antigüedades cristianas de España del diccionario de Cabrol, parece volver de su acuerdo y niega a los españoles toda iniciativa en el primitivo arte cristiano de los sarcófagos. La cuestión es muy delicada y ha de tratarse con toda circunspección. Sin embargo, ahora, con muchos más ejemplares conocidos, si se comparan su distribución geográfica y su clasificación por estilos, parece posible llegar a reconocer la existencia de unas cuantas escuelas regionales, repartidas por la Península. Es indudable que ciertos sistemas de composición se circunscriben a un territorio determinado. En principio, esto se pudiera explicar señalando tres grandes caminos de importación: el del Pirineo, para los sarcófagos del Norte, el marítimo, para los del litoral levantino, y el africano o del Estrecho, para los de Andalucía. Entiéndese que esta explicación no basta para justificar la localización de ciertos estilos; y la existencia del taller (o como se prefiera) de los sarcófagos de Layos y Astorga, ya señalado por el señor Mérida, es una objeción de fuerza.

Pero el tema sólo puede ser insinuado en este lugar. Como un dato para futuros desarrollos, o rectificaciones, se resume en el cuadro siguiente un ensayo de sistematización, en el que los ejemplares se disponen, muy relativamente, en orden cronológico y, en cuanto es posible, dando idea de la evolución. No hay que repetir que los sarcófagos cristianos primitivos derivan con muy pequeña novedad

(1) DOM H. LECLERCQ. *Manuel d'Archeologie chretienne depuis les origines jusqu'au VIII siecle*. Tomo I. París, 1907, p. 307.

Ensayo de clasificación general de los sarcófagos paleo-cristianos encontrados en España.

Precedentes	{	Con sólo el crismón.	{ Cabeza de Griego. Mérida (Badajoz).		
		Dudoso carácter cristiano.	{ Santa María del Mar. Pomplona (catedral). Tarragona (claustro). Tarragona (leones). Covarrubias (Arlanza), Ampurias (Montes).		
Sarcófagos romano-cristianos con relieves.	{	De arte muy pagano.	{ Ampurias (Gerona).		
		«Strígiles».	{ Crismón y «strígiles»	{ Ampurias (particular). Museo de Valencia. Villanueva de Lorenzana.	
			{ «Strígiles» y figuras.	{ San Félix de Gerona I-II. Museo de Barcelona. Tarragona (F.ª de tabacos). Fragmento de Denia.	
			{ «Strígiles», figuras en arcos.	{ Córdoba (particular). Erustes (Museo Arqueológico).	
		Figuras en arquerías.	{	Figuras en arquerías.	{ Martos (particular). Los Palacios (Sevilla). Hellín (Academia de la Historia).
					Taller de Adán y Eva.
		Figuras solas.	{	Figuras en friso.	{ Puerta del Sol (Toledo). Gerona III, IV y V. Amatller (Barcelona). Berja (particular).
					De mejor arte
		Derivaciones.	{	Empeño de composición.	{ Tarragona (fachada). Gerona (Susana).
					De arte avanzado.
Derivaciones.	{	De técnica bizantina	{ Ecija (Santa Cruz). Alcaudete (Museo Arqueológico). Museo de Cádiz.		
			De época posterior.	{ Briviesca (Museo de Burgos). Poza de Sal (ídem). Cameno (particular).	

del arte pagano y corresponden a tres tipos generales: sarcófagos con «strigiles», sarcófagos con figuras en arquerías y sarcófagos puramente figurativos. Soluciones mixtas de estos sistemas y diferencias notorias de arte y estilo permiten destacar los grupos secundarios, de los cuales unos fueron propuestos por el Sr. Mélida y otros salen aquí por primera vez.

El repertorio de asuntos esculpidos en los sarcófagos paleocristianos españoles comprende unas treinta representaciones (1). Muy pocas tienen carácter simbólico: la orante, el Buen Pastor y Cristo pisando al león y al dragón. Algunas más pertenecen al Antiguo Testamento: Adán y Eva en el Paraíso, la fuente de Moisés, sacrificio de Isaac, escala de Jacob, Jonás y la ballena, Daniel en la fosa de los leones y los tres jóvenes en el horno de Babilonia. El mayor contingente lo dá la vida de Cristo y sus milagros, con dieciséis asuntos distintos; aquí pudiera verse un dato más de la preferencia de los españoles por los temas realistas y su relativa incapacidad para las abstracciones, pero no cabe insistir sobre ello. De la vida de San Pedro se repiten su negación y prendimiento, la presentación ante el pretor (Berja) y cortando la oreja a Malco. De la Virgen se esculpe su Asunción milagrosa. Tenemos un apostolado completo (Talavera) y un grupo de cuatro apóstoles (Hellín). Todo un frente de sarcófago desarrolla la vida de Susana y otro, quizás, la de San Vicente (Briviesca), aunque con mínima probabilidad.

Contando por el número de representaciones, el tema que más se repite es el de la orante. Este dato tiene cierto valor, porque confirma todo lo que se ha dicho de la orante, la gran creación del arte de las catacumbas, su obra original y la esencia del arte funerario, como escribe Leclercq (2). San Ambrosio veía en la orante, con los brazos levantados, una imagen de la cruz. Su significación más general es la de representar el alma de un difunto; y así acompaña en repetidas ocasiones a epitafios masculinos o de niños de corta edad. A veces, en lugar de representar el alma de una manera impersonal, se ha figurado en ella el retrato del difunto, como cuando se trata de un orante (el de Layos, en Toledo), o cuan-

(1) De la iconografía de los sepulcros cristianos primitivos se ocupó extensamente D. Elías Tormo en el curso de conferencias sobre *Los temas del Arte español*, dado en el Centro de Estudios Históricos, en los primeros meses de 1925.

(2) *Manuel d'Archeologie chretienne*, I, 167.

do la figura femenina no va vestida de una manera abstracta, sino con las ropas de una matrona o de una virgen consagrada (1). Las actas de los mártires Pedro y Marcelino cuentan que el verdugo había visto salir sus almas bajo la forma de vírgenes vestidas de ropas brillantes; y sobre una medalla de plomo conservada en el Vaticano, el alma de San Lorenzo sale de su cuerpo torturado con la apariencia de una forma femenina que una mano celeste va a coronar (2). Acaso estos precedentes abonan la manera como el Greco representa el alma del conde de Orgaz, penetrando entre las nubes, llevada por el ángel, en el resplandor de la gloria.

Después de la orante, el asunto preferido es la curación del ciego, con diez repeticiones. Siguen Lázaro y la multiplicación de panes y peces, el Buen Pastor, el sacrificio de Isaac y la prisión y negación de San Pedro. En un segundo grupo, la fuente de Moisés y las bodas de Caná, la curación del paralítico, Adán y Eva y la curación de la mujer del flujo. En último lugar, con representaciones casi singulares, Daniel con los leones, la entrada en Jerusalén y los tres jóvenes hebreos en el horno de Babilonia.

* * *

El nuevo sarcófago de Berja corresponde al tipo corriente de los figurativos, sin «strigiles», ni arquerías, ni separación de ningún género entre los distintos asuntos. No es de tan buen arte como los de Zaragoza, y carece del empeño de composición que acreditan el de Susana, en Gerona, y el de la fachada de la catedral de Tarragona. Las figuras no están modeladas como en los de Layos y Astorga. Su lugar está junto al de la colección Amatller (Barcelona), el fragmento de la Puerta del Sol de Toledo y tres de San Félix de Gerona. Entre estos sarcófagos, el de Berja merece la primacía por la traza bella y expresiva, relativamente, de algunas figuras, y por el gran relieve con que están tratadas ciertas partes. Además, conserva rasgos de policromía.

Diez y siete figuras grandes y otras cuatro pequeñas se distribuyen formando seis agrupaciones o asuntos, que tal vez se puedan reducir a cinco, y son, de izquierda a derecha, la resurrección de

(1) L. BREHIER. *L'Art chrétien*, París, 1918, p. 36.

(2) M. LAURENT. *L'Art chrétien primitif*, París, 1911, t. I, p. 81.

Lázaro, entrada de Cristo en Jerusalén, la orante entre dos apóstoles, Jesús anunciando la negación de San Pedro, prisión del apóstol y un grupo de tres personajes, el uno sentado, con signos de autoridad, en medio de los otros dos, que será tal vez complemento de la escena anterior, representando el juicio de San Pedro. Salvo esta última, las representaciones del sarcófago de Berja son de las más corrientes en el primitivo arte cristiano español.

La resurrección de Lázaro se presenta según el modo tradicional, que empieza en las pinturas del cementerio de Calixto (segunda mitad del siglo II). Jesús está en el centro con el volumen de la Ley en la mano izquierda y la vara mágica o cetro en la derecha. Con esta vara toca el sepulcro de Lázaro, en forma de pequeño templo o edícula, con su frontón de acroteras laterales y una corona en el tímpano, sobre una pilastra estriada y una columna de estrías helicoidales, corintias. A la puerta de esta edícula, sobre la escalinata arbitrariamente puesta de lado, estaría la pequeña figura de Lázaro, fajado como una momia, que, por su mucho relieve, ha desaparecido de éste como de casi todas las representaciones análogas de mismo asunto y puede verse en el de Astorga y en uno del Museo de Letrán, que se reproduce en el Michel (I, fig. 38). Cristo, joven e imberbe, con el pelo formando melena, se vuelve a su izquierda, en donde hay dos figuras: un apóstol o espectador, en función de testigo, y una pequeña figura femenina, arrodillada y cubierta de pesadas tocas, que es Marta, hermana de Lázaro. Ella acaba de exclamar: «Señor, hiede ya, que es de cuatro días», y Jesús le dice: «No te he dicho que si creyeras verás la gloria de Dios?» (Juan, XI, 40). La misma figura de Marta, puesta a la derecha de Cristo, se repite exactamente en el sarcófago de Astorga.

La escena segunda ilustra con puntualidad el pasaje de la entrada de Cristo en Jerusalén. «Y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos; y se sentó sobre ellos. Y la compañía, muy numerosa, tendía sus mantos en el camino: y otros cortaban ramos de los árboles y los tendían por el camino» (Mateo, XXI, 7, 8). Esta escena, la más complicada del sarcófago, tratada con muy alto relieve, es la que ha sufrido mayor mutilación. Cristo se representa con la misma melena que en la escena anterior; un apóstol vale por todo su cortejo. La figura del árbol, que puede ser Zaqueo, y la que tiende su manto, resultan harto desfiguradas, pero pueden verse, por ejemplo, en otro sarcófago del Museo de Letrán (Garrucci, V, t. 313-4).

Entre los sarcófagos españoles, esta escena sólo la repite el de la puerta de la catedral de Tarragona, que dá en dos tiempos la conversión de Zaqueo y la entrada en Jerusalén.

El asunto tercero, que promedia el sarcófago, lo componen tres figuras: en el centro, la orante, velada, los brazos levantados, con un estudio de paños que hacen de ella la figura más perfecta del sarcófago. A los lados, dos figuras masculinas, la de nuestra izquierda, joven, imberbe, con el pelo crespado, que será San Juan evangelista; la de la derecha, de anciano, con barba, pudiera ser San Pedro. Recuérdese lo que queda dicho de la orante.

La cuarta representación es bastante clara y corresponde bien al texto evangélico: «Y respondiendo Pedro, le dijo: aunque todos sean escandalizados en ti, yo nunca seré escandalizado. Jesús le dice: de cierto te digo, que esta noche antes que el gallo cante, me negarás tres veces» (Mateo, XXVI, 33 y 34). Cristo, tratado como en las dos escenas primeras, en la mano izquierda el «volumen», levanta la derecha, ahora perdida, hacia Pedro; dos figuras imberbes y jóvenes, que no serán apóstoles por esto, presencian el diálogo desde segundo término. El gallo, en el suelo, entre Cristo y San Pedro, está desfiguradísimo, pero se reconoce por comparación con los otros ejemplares españoles del mismo asunto (ocho veces), o con uno del Museo de Argel (1), en cuyo interior se encontró una moneda de Constantino.

Las seis restantes figuras del sarcófago, las últimas de la derecha, encierran mayor dificultad de interpretación. Pudieran tomarse por dos escenas diferentes: la de la izquierda, prisión de San Pedro, tan repetida; la de la derecha, que está mutilada en la parte que pudiera llevar atributos característicos, tal vez Pilatos antes de lavarse las manos (parece que la última figura de la derecha le acerca algo que sería el recipiente de rigor). Atendiendo a la dirección de las miradas, todo ello constituye una sola escena, seguramente de juicio: San Pedro, que se reconoce por la barba y el «volumen», es llevado de los brazos por dos personajes, ante un magistrado, al que acompañan dos individuos más. Este magistrado, pretor o prefecto, está sentado en un taburete de patas cruzadas, especie de silla curul, y descansa los pies en una tarima. Lleva diadema, y el cetro de la mano izquierda, ahora perdido, ha dejado su rastro en

(1) G. DOUBLET. *Musée d'Alger*, lám. XIII.

las vestiduras. Estas son: túnica ceñida y manto prendido en el hombro derecho, lo mismo que los dos personajes de los extremos del grupo.

Como es bien sabido, todas estas representaciones de los sarcófagos tienen, junto a su función narrativa, un sentido simbólico, repleto de alusiones. En el sarcófago de Berja, la orante ocupa, como en la mayor parte de los casos, el centro de la cara esculpida y resume la intención funeraria de toda la representación. A un lado y a otro, las escenas presentan singular unidad. En la parte de la izquierda, los dos asuntos de la vida de Cristo expresan la manifestación de su poder espiritual en el milagro de Lázaro y el reconocimiento de su poder material con la entrada triunfante en Jerusalén. Las escenas del lado derecho aluden a la vida de San Pedro: en una, su flaqueza humana le lleva a la negación del Maestro; en otra, su misión apostólica se corona confesando a Cristo para recibir el martirio.

El sarcófago de Berja pertenece muy probablemente a mediados del siglo IV. Contribuye a fijar esta cronología la comparación con los demás sarcófagos de un tipo semejante y fecha conocida. Un término de relación muy seguro proporciona el famoso sarcófago de Junius Bassus, prefecto cristiano de Roma, muerto en 359, que se guarda en la cripta de San Pedro. Es ejemplar mucho más rico, con su decoración arquitectónica de dos cuerpos de arquerías; pero el arte de sus representaciones es muy semejante al del nuevo sarcófago español, repitiendo de sus asuntos, y muy puntualmente, la prisión de San Pedro y la entrada de Cristo en Jerusalén. Además tiene el juicio de Pilatos, que se lava las manos delante de Jesús.

En cuanto a la procedencia, es de notar que los sarcófagos de su mismo tipo se encuentran repartidos a grandes distancias, todos, salvo el fragmento de Toledo, en el litoral o en sus inmediaciones, y el de Berja, aislado por su estilo de los demás andaluces. Esto fuerza a reconocerlo como una importación italiana, según admite Mossèn Gudiol para el de casa Amatller de Barcelona; por lo menos, mientras la aparición de otras piezas análogas no demuestre la existencia de un foco español.

NOTAS ADICIONALES

I. Sobre la historia de Berja.—La historia remota de Berja se pierde, casi, junto a la de su vecina Adra, sobre la costa, uno de los lugares mejor documentados de la España antigua. Abdera aparece citada ya por Posidonio, Artemidoro y Asclepiades de Mirlea (en Estrabón, III, 157). Ciudad de los túrdulos, en los confines de la Bética y la Tarraconense, la mencionan puntualmente Pomponio Mela (II, 94), Plinio (III, 8), Ptolomeo (II, 4, 7) y el anónimo de Rávena (305, 3). Acuña moneda, autónoma con epígrafes fenicios y otras bilingües y latinas, que llevan como tipo los delfines de las ciudades marítimas, los atunes, riqueza de aquellas costas, y un templo que se dice de Hércules. (1) Mansión del Itinerario en la vía de Acci a Malaca, ilustrarla unas veinticuatro inscripciones que revelan su condición de municipio romano. Parece haber sido fundación antigua de los fenicios, arruinada ya en el siglo VI (a. de C.), como todas las de aquella costa, según sabemos por Avieno (v. 438-443): la descripción de las ruinas (v. 441-443) no será del viejo periplo, sino de un interpolador (2). En la época imperial aparece, sin embargo, con la nueva pujanza que acreditan sus acuñaciones y el hermoso estilo de algunos epígrafes registrados por Hübner.

Berja, en cambio, no tiene mención conocida en los clásicos, ni epigrafía, ni restos antiguos de alguna notoriedad. Madóz recoge la noticia confusa de que la primitiva población estuvo en el lugar llamado Villa Vieja, donde señala antiguas murallas y grandes aljibes, pero ello está pendiente de una comprobación arqueológica.

En algún tiempo se quiso identificar con Berja la Barea, ciudad litoral de los bástulo-fenicios, que según Ptolomeo, se extendían desde ella hasta Mellaria. Cicerón menciona este lugar en sus cartas a Atico, y entre los presbíteros que firman el Concilio de Elvira está el rector de Barea, Emérito. Pero Plinio dice que Barea estaba adjudicada a la Bética, entendiéndose que caía fuera de ella, y esto que no conviene a Berja, se refiere bien a Vera, en la orilla derecha del Almanzora, con la cual es preciso identificarla.

Otros quisieron reducir a Berja la Virgi y el «sinus virgitanus» de las costas por donde comienza la Bética en algún texto de P. Mela; pero ello es un error, por Urci y «sinus urcitanus» (golfo de Almería); aparte de que Mela coloca fuera de este golfo la ciudad de Abdera, cuya reducción es todo lo segura que hemos visto. Tampoco tiene nada que ver con Berja el «Vergium Castrum», de Tito Livio (40-21), cuya situación en Cataluña es completamente segura.

Con alguna mayor probabilidad se ha querido relacionar con Berja la Vergilia citada por Plinio (III, 25), como estipendiaria del convento jurídico de Cartagena, y por Ptolomeo (II, 6, 40) como bastitana, que será la misma Vergelia de una inscripción que se guarda en Tarragona, dedicada por la provincia de la España Citerior a Marco Cornelio Severo, de la tribu Quirina, «vergeliense», sacerdote

(1) O de Augusto y su esposa Livia, como ha propuesto el P. Fita, a la vista de dos inscripciones abderitanas, números 1978 y 1979 del Corpus. V. *Epígrafes romanos de la ciudad de Adra, en la provincia de Almería*. En el *Boletín de la R. Academia de la Historia*.—LXX, 134.

(2) A. Schulten.—*Avieno: Ora Marítima* («Fontes Hispaniae Antiquae».-I) Barcelona. Berlín, 1922; p. 115

del templo de Roma y Augusto (Corpus, 4207). Como estas tres referencias colocan a Vergelia en la Citerior, la identificación con Berja es imposible. Hübner confiesa ignorar el sitio de aquella población; pero el hallazgo de otras dos inscripciones estudiadas por el P. Fita (B. A. H. LXV, 577) lo fijan resueltamente en Albuliel de Cambil, partido de Huelma (Jaén).

Eliminadas todas estas reducciones, queda como la más antigua mención de Berja la que se relaciona con la misión en España de los siete varones apostólicos, objeto de la nota adicional siguiente. Se dice que Berja fué destruida por un terremoto a principios del siglo v, lo que sería noticia interesantísima (para la fecha del sarcófago), si pasara de ser una conseja sin fundamento histórico reconocido. No tiene nada de inverosímil, conocida la sismicidad de toda la región: en 1804, una serie de temblores de tierra, que duraron desde el 13 de enero hasta el 25 de agosto, arruinaron todos sus edificios principales.

La fertilidad de la tierra y comodidad del lugar, así como sus minas de plomo (las de Gador, ya agotadas), han hecho renacer a Berja de esta y de otras catástrofes. Bajo los musulmanes fué cabeza de un distrito o «taha», semejante por su extensión al partido judicial de hoy, celebrándola muchos autores con el nombre de «Medina Barcha» (1). La más antigua mención es la de Aben Alfaradí (siglo xi) que la llama Bercha de los Beni Hasan y la incluye en la cora o provincia de Elvira. La mencionan también Aben Pascual, Abulfeda y Rasis. Almaccarí la llama «Behcha», la hermosa, por la risueña belleza de su aspecto y situación. El Edrisí habla de sus mercados, fábricas y cultivos. Aben Aljatib hace una descripción poética de la ciudad, y la dice nudo fecundante, sitio risueño para el placer de la vista y lazo de seducción para el pensamiento; habla de sus parras cargadas de uva, de sus árboles excelentes, de sus alquerías y de la riqueza, número y benignidad de sus habitantes. Pero añade que su grandeza declina, que escasean algunos alimentos y que los caminos son insufribles. Otros poetas insisten en términos parecidos; uno dice: «todo lugar en ella es un paraíso y todo camino hacia ella un infierno».

Desde luego, Berja parece haber sido en toda la dominación musulmana ciudad más importante que sus vecinas Adra y Dalias, la primera estaba reducida a una alquería y casa de baños (Edrisí) y la segunda, rica en seda y ganados, vivía bajo la amenaza constante de los ataques marítimos. A esta razón y, sobre todo, a la piratería de comienzos de la edad moderna, será preciso atribuir la decadencia del rico emporio abderitano.

El sarcófago ha sido encontrado en el sitio llamado Santa Muña, uno de los dos barrios de Alcaudique, arrabal o aldea de Berja, algo más de un kilómetro al E. de núcleo de población: este barrio suena en los autores árabes Alcabdic y en autores y documentos del siglo xvi aparece nombrado de diversas maneras: Quibdique, Alcaudic, Quebidique, Caudique, etc.

II. Sobre los varones apostólicos.—El hallazgo del sarcófago de Berja trae consigo una revisión del problema histórico de la misión en España de los siete va-

(1) F. J. Simonet. *Descripción del reino de Granada sacada de los autores árabigos*. 2.^a edición, Granada, 1872.

rones apostólicos. Desde que D. Juan Bta. Pérez, obispo de Segorbe, dió estado a la reducción tradicional en Berja de la Vergi, sede y sepulcro de San Tesifonte, este nuevo documento de un foco de cristianismo primitivo presenta un gran interés.

De la bibliografía sobre el asunto interesa destacar tres momentos. El P. Flórez trató la cuestión (III, 144) con abundancia de testimonios, volviendo sobre ella (IV, 41) para opinar en lo del martirio de los apostólicos y dedicando su tratado a la iglesia de Abdera (X, 1) con noticias de Berja y de toda la región. P. B. Gams consagra buena parte del tomo I de su historia de la Iglesia en España (*Kirchengeschichte von Spanien*, Regensburg, 1862) al análisis minucioso de este problema. Todos los estudios sobre el caso los resume el P. Z. García Villada, S. J. en *Razón y Fe*, XLI, 204.

Sabido es que San Pedro y San Pablo consagran obispos en Roma a Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Eufasio, Cecilio y Esicio (o Hesiquio) y los envían a evangelizar a España. Llegados a la Península y encontrándose a poca distancia de Acci (Guadix), se paran a descansar y envían a sus discípulos a la ciudad para comprar alimentos. Entrados en la ciudad estos discípulos, los gentiles salen al paso, amenazadoramente, haciéndoles retroceder hasta la otra orilla del río. Pretenden los paganos llegar a ellos, y entonces el puente se hunde y mueren ahogados los perseguidores. Los habitantes de Acci se aterrorizan con este prodigio. Una noble matrona, Luparia, envía por los extranjeros y les pregunta la causa de su venida, recibiendo el bautismo. Construye luego una iglesia y un baptisterio y con aquel ejemplo el pueblo se convierte al cristianismo. Contentos de este resultado, los siete misioneros salen por otras ciudades a continuar su predicación. Torcuato murió en «Acci», Tesifonte fué a «Bergi», Indalecio a «Urci», Segundo a «Abula», Eufasio a «Eliturgi», Cecilio a «Eliberi» y Esicio a «Carcesa». Allí fundan cátedras, mueren felizmente y son enterrados, obrando sus reliquias diversos milagros.

Este es el relato central de una tradición que se ha calificado de antigua y sólida. Sus fuentes han sido analizadas directamente por Flórez (III), y de un modo accidental por Dozy, Plenkers, Quentin, Fita, Antolín y Ferotin, contados los Bolandistas, resumiéndolos a todos el P. Villada, a cuya bibliografía nos remitimos expresamente, para evitar toda prolijidad extemporánea. Tal como han llegado hasta nosotros, la más antigua de las fuentes es un martirologio de Lyon, manuscrito latino de la Biblioteca Nacional de París, que reproduce el martirologio de Beda, con nuevos detallés, referentes en su mayor parte a Santos españoles: está redactado, con certeza, antes del 806. Le sigue en antigüedad otro martirologio de El Escorial, desconocido por Ferotin y cuya transcripción es de fines del siglo VIII o primera mitad del IX, aunque en su forma primitiva se escribiría entre el siglo V y el VI. Viene después el Calendario de Córdoba, escrito en 961 por Recemundo, personaje de la corte de Abderramán III, en donde se dice que la fiesta de Torcuato y sus compañeros se celebraba en el monasterio de Gerisset del lugar llamado Keburiene, uno y otro perfectamente desconocidos.

Los siete calendarios mozárabes publicados por Ferotin los tenemos en copias del siglo XI, pero su redacción originaria se remonta más allá del siglo VI. El documento *De Missa Apostólica in Hispaniam ducta*, parece ser de la segunda mitad del siglo XI en la copia añadida al famoso códice Emilianense de El Escorial, terminado en 992, que le contiene. Procede de una *vida lata*, o relación más extensa de los varones apostólicos, de un Leccionario Complutense, publicado por Flórez, manus-

crito de la Biblioteca de Derecho de la Universidad Central. Flórez habla también de una carta de Gregorio VII a los reyes Alfonso VI de León y Sancho V de Navarra, fechada en Roma en Abril de 1074, a la cual el P. Fita concede muy poca fe (1). En 1276 termina, en Segovia, Rodrigo de Cerrato su compendio de biografías de los Santos, en donde se encuentra, bien hecha, la de los siete varones apostólicos. Finalmente, tenemos la misa y oficio de la liturgia mozárabe, escrita casi seguramente en Acci, y con mucha probabilidad sobre las mismas Actas de los Santos, como se deduce del interesante himno en ella contenido:

Urbis Romulae jam toga candida
Septem Pontificum destina promicat
Missos Hesperiae quos ab Apostolis
Adsignat fidei prisca relatio...

Del conjunto de estos testimonios resulta que en el siglo x se encuentra recogida en diversos lugares una tradición que por caminos diferentes remonta, por lo menos, al siglo v. La existencia de Calendarios en España por este tiempo no se puede poner en duda, después de hallado por el Sr. Bonsor el calendario de Carmona, en el cual, sin embargo, no aparece la fiesta de los siete apostólicos, porque es muy compendiado y sólo habla de los Santos cuyas reliquias se guardaban en la iglesia a que pertenecieron las dos columnas en que está grabada la inscripción. Se sabe también que por la primera mitad del siglo v el emperador Teodosio alabó en un Concilio a Gregorio, obispo de Córdoba, porque recitaba en la Misa todos los días los nombres de los mártires cuyos aniversarios se celebraban.

Ya va dicho el resultado general de lo que todas estas fuentes nos cuentan sobre la misión de los siete varones apostólicos. Fuera de lo expuesto y empezando por la interpretación de ello mismo, todo son problemas. Flórez coloca por el año 63 la salida de Roma y afirma con muchas razones que murieron mártires; Fita le sigue, Gams lo niega y el P. Villada, terciando en la cuestión, dice que en ninguna de las fuentes propuestas se les dá el título de mártires. Sin embargo, este título se encuentra en el calendario mozárabe llamado F por Ferotin, de un Códice escrito en Silos en 1072, hoy en la Biblioteca Nacional de París (2).

El punto más debatido es el lugar de evangelización de cada uno de los apostólicos. Parecen seguras la sede de Torcuato en Acci (Guadix), la de Cecilio en Eliberi (Granada), la de Indalecio en Urci (por Almería) y la de Eufrasio en Eliturgi (Cuevas de Lituergo, entre Bailén y Andújar). Las otras tres reducciones han sido muy discutidas. La Carcesa de San Esicio la han llevado unas veces a Zaragoza y otras a Carteya, entre Cádiz y Gibraltar (P. Flórez); Simonet apuntó la posibilidad de que esta Carcesa, escrita «Carceses» en el códice Emilianense, pudiera corresponder a «Carsies», plaza fuerte y región citada por el Bayan, hoy Garciez, muy cerca de Jimena (Jaén). Fr. P. Salmerón la redujo a Cieza. Una tradición antigua, consignada en el siglo xvi y defendida por Gams quiere que Carcesa sea Cazorla (Jaén). En 1850, A. Fernández-Guerra opinaba que había que buscar la antigua Carcesa

(1) Contestación al discurso de entrada en la Real Academia de la Historia de D. Adolfo Fernández Casanova, sobre *La Catedral de Avila*; Madrid, 1914, pág. 51.

(2) Dom Marius Ferotin. *Le liber ordjnum*. París, 1904; p. 463.

dentro del cuadrilátero cuyos extremos son Andújar, Cazorla, Guadix y Granada (1), y en 1914 el P. Fita ha defendido su reducción a Carsa, ciudad bastetana de Ptolomeo, que en la hitación de Wamba, se llama Carachuel y es límite de la diócesis de Guadix: ahora Carchel, partido de Huelma (Jaén).

La «Abula», de San Segundo, se dice por tradición ser Avila; pero a ello se oponen con buenas razones Flórez y Gams, entre otros, alegando la falta de comprobantes y la gran distancia de Guadix, cuando se sabe que todas las ciudades de los apostólicos estaban repartidas por una región no muy extensa. El P. Fita ha defendido la causa de Avila con más entusiasmo que argumentos; las reducciones a Murcia y Vilches no son menos equivocadas. Ha de tenerse por definitiva la que



Sedes de los Varones Apostólicos

coloca la «Abula», de San Segundo, en la ciudad del mismo nombre, citada por Ptolomeo, a 32 millas de Acci, «Alba» del Itinerario y moderna Abla (provincia de Almería) con restos que acreditan un poblado ibérico y larga ocupación romana.

Para la «Bergi» de San Tesifonte (otras veces escrita Vergi, Vergium), se han propuesto varias soluciones: Urgel y Berga en Cataluña; Barea, Vergelia y Berja, en los linderos de la Bética y la Tarraconense. La reducción a Cataluña no tiene otro fundamento que el «Vergium Castrum», de Tito Livio, y debe rechazarse desde luego. Entre las otras soluciones la elección es difícil, sobre todo cuando no se puede insistir demasiado en las sedes de los varones apostólicos, ya que probablemente ejercieron su evangelización por diversos lugares, como convenía para la mayor eficacia de su propaganda. Desde luego, Barea pudo tener mayores probabilidades al identificarse con Berja, reducción desechada, como se ha visto. El P. Fita en

(1) Rev. «El Archivo» (Denia): IV, 1.

su contestación a Casanova, propuso la solución Vergelia-Albuniel; pero Albuniel y Carchel están demasiado próximas entre sí, en el mismo distrito de Huelma, y los restos encontrados en Vergelia, base de la reducción, son puramente paganos. Estas razones pesarían en el ánimo del P. Fita cuando al publicar, en el mismo año que el discurso, su artículo ya citado sobre Vergelia, en el que propone la reducción de Carcesa a Carchel, no dice nada de «Bergi» ni de San Tesifonte.

Berja tiene a su favor para haber sido el lugar de la predicación y muerte de San Tesifonte, la afinidad del nombre, la distancia proporcionada de Guadix y de las otras sedes de los apostólicos, aquellas ruinas de Villa Vieja de que habla Madóz, y finalmente, una tradición mantenida por lo menos desde la reconquista, con templo titular del santo obispo. Desde ahora tiene un argumento, más fuerte acaso que todos los anteriores, con la aparición del sarcófago que nos ocupa, demostrativo de un foco de cristianismo bien arraigado ya en el siglo IV. Esta circunstancia justifica, siendo tan valiosa, todo lo dicho de los siete varones apostólicos.

Entre las firmas del Concilio III de Toledo (589), está la de un obispo Pedro, que en ciertos códices figura como Iliberitano y en otros como Abderitano, debiendo entenderse lo segundo, porque Elvira aparece representada en el Concilio por su prelado Esteban. Además, en el sínodo de Sevilla de 590, figuran estos dos obispos, Pedro y Esteban, repitiéndose para el primero la confusión de los textos sobre el concilio toledano. Algunos quisieron salir de la dificultad reduciendo la silla «abderitana» o «liberitana» de Pedro, a la Iliberi de los Pirineos; bien se ve que esto es imposible, pues un obispo de allá no había de venir a un sínodo de Sevilla.

El P. Flórez admite el pontificado de Pedro en Abdera y por el lugar de su firma en el Concilio toledano le supone consagrado en tiempos de la persecución de Leovigildo. El traslado a Adra de la silla de Berja, puede explicarse, si no por el terremoto y destrucción del siglo V, que merece muy poca fe, por haber desaparecido las razones de prudencia por las cuales los varones apostólicos prefirieron instalarse en lugares secundarios, evitando los centros de intensa romanización.

En nuestros días, dom H. Leclercq ha negado todo valor histórico a los fundamentos de la tradición de los varones apostólicos, pero sin razonar debidamente su opinión (1). En cambio, admite el relato como demostrativo de que la introducción del cristianismo en la Península se hizo por el sudeste. Todo ello sin el oportuno análisis de los testimonios aducidos, como por corazonada. Ya se vió con cuánta ligereza está escrito, en lo que no lleva por delante a Hübner o a Ferotin, su artículo sobre las antigüedades cristianas de España.

Un verso del himno gótico antes citado, consigna que los apostólicos fueron enterrados en sus respectivas ciudades: «consepti tumulis Urbibus in suis». El P. Flórez lo recuerda al hablar de San Tesifonte (X, p. 10), y se pregunta qué habrá sido de su sepulcro. Un espíritu ingenuo, sin complicaciones de crítica y de cronología; pudiera contestar ahora señalando el nuevo sarcófago de Berja...

(1) De esto se ocupó D. E. Tormo en un artículo del periódico de Madrid *El Universo* (10-V-1923): promete volver sobre el caso con mayor detenimiento.